

Prólogo

9

—Solo recibiréis vuestro dinero cuando averigüéis toda la verdad.

—¿Y después?

—Después tendréis que acabar con su vida. Es preciso que el príncipe muera.

—Necesitaré tiempo...

—Disponéis, exactamente, de una semana.

—¿Tan solo una semana?

—Si no conseguís vuestro objetivo antes del día de su decimosexto cumpleaños, todo habrá sido en vano.

—Pero si ha huido, ¿cómo podré localizarlo?

—Tomad. En este plano está marcado el lugar donde creemos que se encuentra, así como el itinerario que deberéis recorrer junto a él.

La sombra cogió el mapa, salió de la estancia como un fantasma y se alejó deprisa en su caballo.

Siete días. Tan solo siete días para ganarse la confianza del heredero al trono... No, desde luego aquello no era demasiado tiempo. Pero, a pesar de todo, ni siquiera se permitió el lujo de sentir remordimientos, sabía que aquella sería su última misión. Después podría desaparecer de aquel reino y olvidar para siempre su pasado.

10 Su montura, que parecía presentir el peligro, galopaba veloz a campo través. Tenía siete días por delante para consumir la más difícil de todas sus misiones. Y la más peligrosa.

El príncipe apartó la mirada tratando de ocultar su cólera, pero su rabia era tan intensa que no le fue posible disimular.

11

La terca oposición del rey Olav a todos y cada uno de sus deseos le hacía sentir ridículo, como si no fuera más que un estúpido bufón en su propio palacio. Por eso Malkiel no pudo contener la ira cuando su padre le negó el viaje que con tanta ilusión le había pedido. ¡Si supiera cómo soñaba con salir de allí y ver todos aquellos lugares que había conocido en los libros! Le asfixiaba estar siempre bajo el control del rey y de sus sirvientes. Incluso la compañía de su fiel Samir, el sabio árabe que lo había cuidado desde pequeño, le resultaba molesta.

—Ya no soy un niño, padre. ¿No os dais cuenta?

—¿De qué?

—De que puedo tomar mis propias decisiones.

—Aún no, Malkiel. Es pronto para eso.

—En solo siete días me nombraréis vuestro heredero ante la mirada de nuestros súbditos. No entiendo por qué no es pronto para que asuma mis obligaciones y sí para que pueda cumplir mis deseos.

12 —Debéis ser paciente.

Olav miró a su hijo con condescendencia: no podía dejar de ver en él a un muchacho enclenque y delgado que nunca llegaría a ser un buen guerrero.

—Intento serlo, pero necesito respuestas. Hay lugares que quiero recorrer. Preguntas que necesito contestarme antes de que me presentéis en esa ceremonia como el futuro rey.

—¿Qué clase de preguntas?

El príncipe tomó fuerzas. Sabía que su respuesta no sería del agrado del rey.

—Quiero ver el acantilado.

—¿No os estaréis refiriendo a...?

—Sí, al lugar donde murió mi madre: el Acantilado de las Ánimas. Necesito entender qué sucedió realmente.

—¡Basta! ¿Cómo os atrevéis a hablar de eso en mi presencia? ¿Acaso queréis hurgar en mis heridas?

—Pero, padre...

—La culpa de todo la tienen esos libros que leéis día y noche. ¡Os meten ideas estúpidas en la cabeza!

—¡No son ideas estúpidas!

—¡Os prohíbo levantar la voz en mi presencia, jovencito!

El príncipe estaba realmente furioso, iba a cumplir dieciséis años y, a pesar de todo, le tenían encerrado en palacio como si fuera un crío. ¿No era él quien gobernaría el reino cuando llegase su hora? ¿No veía su padre en él a un sucesor digno de su trono? Por eso, como único regalo había solicitado al monarca que le concediera siete días para salir más allá de la estrecha muralla que rodeaba sus dominios y contemplar con sus propios ojos lo que, hasta ese momento, solo había podido intuir en los grabados de sus libros de historia. Necesitaba conocer el lugar en el que iba a reinar en adelante. Y, más aún, buscar respuestas a las preguntas del pasado que lo habían torturado desde niño.

—No puedo concederos lo que me pedís. Vuestro nombramiento ha de hacerse el día de vuestro decimosexto cumpleaños, tal y como manda la tradición.

—Pero aún queda una semana para eso. Es todo lo que os pido. Os doy mi palabra de que volveré a tiempo.

14

—¿No os dais cuenta? Vuestra petición es una locura: los enemigos acechan nuevamente nuestras fronteras.

—Tenéis ejércitos, padre. Vuestros soldados defenderán este reino mucho mejor de lo que yo podría hacerlo jamás. Lo que vuestro pueblo necesita en el trono es un buen gobernante y no un guerrero. Concededme tan solo una semana y tendréis a vuestros pies a un heredero digno de vuestro trono.

—Mi trono no se hizo con libros, sino con sangre, ¡y con sangre se heredará!

—Pero, padre...

—¡Retiraos inmediatamente, Malkiel! Tendréis vuestro regalo de cumpleaños, pero no será ese.

—Yo solo...

—¡Acabó vuestra audiencia, príncipe! No me obliguéis a ser más severo.

Malkiel llegó a sus dependencias y cerró tras él con un fuerte golpe. Un minuto después, llamaban a la puerta.

—¿Me dais vuestro permiso, alteza?

—Pasad, Samir, siempre sois bienvenido.

—Sabéis que vuestro padre es un hombre muy rígido. Quizá si le habláis de modo que...

—Lo he intentado todo. Pero no me ha dado la libertad que le pedía. El rey no quiere hombres libres, quiere soldados. Prefiere los músculos a las ideas.

—Sois injusto con él, vos sabéis que siempre fue un gran monarca.

—Y un tirano que ha prohibido en este reino todo lo que no lleve la marca de la fuerza. Aún tengo que ir a escondidas a la biblioteca para que no me castigue por ello. Nada que no sea la lucha debe ocupar mi mente.

—Dadle tiempo. Esta es una mala época. Vuestros enemigos os siguen cada día más de cerca y eso tiene al rey muy preocupado. En el último altercado murieron treinta de vuestros soldados.

—Esas muertes serían evitables si mejorásemos nuestras estrategias y no luchásemos como

animales. Nunca tuve de mi parte la fuerza, vos que me conocéis desde crío bien lo sabéis. La naturaleza no fue generosa con mi cuerpo y a duras penas consigo mantenerme firme a lomos de mi caballo. Nací para pensar, Samir, no para guerrear.

—El destino, incluido el vuestro, solo Dios lo conoce.

16 —¿Qué dios? ¿El mío o el vuestro?

—Tal vez no sean tan distintos...

—En ese caso, mi dios y yo hemos elegido caminos diferentes.

—¡Blasfemáis, señor!

—¿Y no es blasfemia encerrarme aquí? ¿Por qué el rey no entiende que necesito aire? Si mi madre viviera... Si ella me hubiera oído, seguro que me habría dado su permiso.

—Vuestro padre os quiere, mi príncipe. A su manera tal vez, pero os quiere tanto como a sí mismo. No le hagáis daño hablándole de vuestra pobre madre. Nadie sufrió tanto como él por su pérdida.

—¡Pero mi padre no me quiere lo bastante como para dejarme ser libre! ¿Vos tampoco lo entendéis, Samir? No puedo enfrentarme a mi futuro sin intentar entender mi pasado. Y eso jamás

ocurrirá si no salgo de aquí. Si no busco el lugar donde este reino se convirtió en enclave de sombras y de tinieblas. El maldito acantilado que hizo que este condado perdiera su antiguo nombre y se convirtiera en el reino de las Tres Lunas.

—No dejéis que os ciegue el egoísmo.

—¿Egoísmo? ¿Y no es egoísmo prohibir la música y la poesía en este reino? ¡Esa ley es una estupidez!

17

—Intentad entenderlo: cuando vuestra madre murió, el rey no quiso que nadie volviera a tocar un laúd. La poesía había sido, en cierto modo, la causa de su muerte.

—¿Y por eso maldice a todos los poetas? ¿Por algo que ni siquiera se ha podido demostrar? Me ha educado en la tristeza, Samir, y yo soy un joven que quiere vivir y aprender a ser feliz.

—Olvidáis que, por el amor que os tiene, ha levantado ese veto durante esta semana. Mañana llegarán a nuestra corte juglares y trovadores desde todos los rincones del reino para participar en la ceremonia de vuestro nombramiento.

—¿Y después? ¿Qué pasará después? ¿Volveremos al silencio y a la ocultación? ¿Enterraremos

otra vez la verdad sobre la muerte de mi madre como si jamás hubiera sucedido?

—¿A qué os referís?

—Hay algo oscuro en esa historia que nos han contado y que Alcestes ha convertido en una verdad indiscutible.

18 —Calmaos, príncipe, esas palabras podrían ocasionaros graves problemas. Si el gran inquisidor las oyera, podríais estar en peligro.

—¡Ese miserable! Su único objetivo en todos estos años ha sido manchar el nombre de mi madre.

—Alcestes es un fiel servidor de los intereses de vuestro padre.

—Y el mejor buitres a la caza de carroña. No hay cadáver que no devore con su ambición.

—Pero...

—Por favor, Samir, dejadme descansar. No quiero hablar más de estos asuntos. Necesito estar solo.

—Como queráis. Pero dormid un poco, os espera un día muy largo, hay que ultimar los preparativos de vuestra celebración.

Samir abandonó la estancia y se alejó pensativo, temeroso de que el príncipe tomara una de-

cisión equivocada. Bien sabía de sus ansias de libertad, «Malkiel es un adolescente —se decía—, y a su edad todos necesitamos que nos dejen mirar el mundo... Aun así, hará lo que sea correcto —se tranquilizó—, lo eduqué para ello».

Esa misma noche, una silueta muy alta y delgada se deslizaba por los muros del castillo... A la mañana siguiente, Samir descubrió el dormitorio vacío de Malkiel y, sobre su almohada, una escueta nota:

«Necesito ir hasta donde vos ya sabéis... No os preocupéis por mí. Volveré a tiempo de mi coronación. Por favor, intentad que mi padre lo entienda».

Dobló aquel papel y buscó las palabras más adecuadas para dar la noticia al monarca. No iba a ser fácil explicarle a Olav que su hijo, el príncipe Malkiel, había abandonado la ciudad en dirección al acantilado donde la tragedia ya había triunfado en una ocasión.

Ojalá esta no fuera su segunda victoria.